

¿QUIÉN ACABA CON LA VIDA?

Cada uno de nosotros enfrenta oscuridad en la vida, pues el pecado y sus enfermedades asociadas, tanto mentales como físicas, arruinan nuestras vidas. Trágicamente, algunos optan por el suicidio (quitándose la vida), mientras que otros defienden la eutanasia (el derecho a pedir a un profesional que ponga fin a nuestro sufrimiento; del griego, que significa “buena Muerte”). Sin embargo, ningún dolor, por intenso que sea, borra de nuestro corazón la ley de Dios. Su prohibición contra el asesinato incluye el suicidio y la eutanasia, lo que explica por qué ninguna de estas prácticas es ampliamente aceptada ni está libre de estigma.

EL CONDICIONAMIENTO DE NUESTRO PENSAMIENTO

Dado que hemos sido creados como agentes libres, el suicidio siempre existirá. La eutanasia, en cambio, ha aparecido y desaparecido a lo largo de la historia. En tiempos anteriores al cristianismo, médicos griegos y romanos ofrecían drogas para terminar con la vida de los pacientes, en contradicción con el Juramento Hipocrático formulado en el siglo V a.C. Sin embargo, la cosmovisión judeocristiana, arraigada en la ley de Dios, se opuso a esta práctica y logró reducir su incidencia. Irónicamente, el teólogo Tomás de Aquino (1226–1275) abrió la puerta para el resurgimiento de la eutanasia. Su “Regla del Doble Efecto” enseñaba que, para prevenir un daño, otro daño podía justificarse. Mucho tiempo después, el filósofo danés Søren Kierkegaard (1813–1855) present la figura del “héroe trágico”, quien abandona un valor ético en favor de otro que considera superior.

El debate moderno sobre la eutanasia realmente comenzó en 1872, cuando un hombre sin formación médica, Samuel Williams, expuso ante el Birmingham Speculative Club en el Reino Unido su argumento a favor de la “muerte por misericordia” para personas con enfermedades incurables. El debate resultante entre médicos estadounidenses y británicos llevó, en 1915, al Dr. Harry Haiselden en Chicago a recomendar que los recién nacidos con ciertas condiciones, y con el consentimiento de sus padres, fueran dejados morir sin tratamiento.

Posteriormente, la eutanasia aumentó durante la Gran Depresión, pero su aceptación cayó en picada después de la Segunda Guerra Mundial, debido a la relación entre la eugenesia y los campos de exterminio de Hitler.

No obstante, la memoria es frágil. Durante las décadas de 1960 y 1970, se hicieron intentos en Occidente para legalizar la eutanasia. Al fracasar, los defensores cambiaron su enfoque y suavizaron la terminología, hablando de “suicidio asistido” en lugar de eutanasia, desplazando así la atención del papel del profesional al derecho indi-

vidual de elegir. Hoy en día, la terminología ha cambiado aún más, adoptando el término “muerte asistida” para evitar la connotación negativa del suicidio.

EL ASESINATO DE NUESTROS CUERPOS

Actualmente, el Proyecto de Ley de Adultos en Estado Terminal (Fin de Vida) está siendo debatido en el Parlamento Británico.

Su título oculta a la opinión pública la realidad de que se trata del asesinato intencional de hombres y mujeres. El 20 % de la población cree erróneamente que el proyecto de ley incluye cuidados paliativos, mientras que más del 50 % piensa que se trata de tratamientos para prolongar la vida. Sin embargo, el propósito real de la legislación no es mejorar la calidad de vida con cuidados paliativos ni administrar eutanasia involuntaria mediante el aumento de la morfina, sino permitir el asesinato consensuado de los pacientes.

Curiosamente, hace apenas 21 años, el Dr. Harold Shipman (1946–2004) se ahorcó en su celda en el Reino Unido después de haber asesinado a aproximadamente 250 pacientes. Algunos creen que su objetivo era eliminar a quienes consideraba una carga para el sistema de salud, mientras que otros sostienen que simplemente se dejó llevar por su poder sobre la vida y la muerte.

Mientras tanto, en Estados Unidos, el Dr. Jack Kevorkian (1928–2011) se hizo famoso por su cruzada ilegal para ayudar a más de 100 pacientes a suicidarse, en algunos casos incluso en contra de su voluntad. Su caso reveló cómo la ciencia tradicional puede degenerar en un cientificismo desmesurado.

Sin embargo, nadie ha hecho más para impulsar la eutanasia a nivel internacional que el abogado suizo Ludwig Minelli, fundador de Dignitas, una clínica en las afueras de Zúrich. Aunque Suiza legalizó el suicidio asistido en 1942, Dignitas es la única organización que ofrece este servicio a extranjeros. Minelli ha promovido así un “turismo del suicidio”, defendiendo lo que él llama “el último derecho humano”: una “buena Muerte”. Hasta la fecha, la mayoría de sus clientes han sido estadounidenses, alemanes y británicos.

A partir de noviembre de 2024, seis países europeos han legalizado el suicidio asistido: Suiza, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, España y Austria. Además, Canadá, la mayor parte de Australia, Nueva Zelanda y diez estados de EE.UU., junto con el Distrito de Columbia, permiten diferentes formas de eutanasia o suicidio asistido. Ante esta realidad, surge una pregunta crucial: ¿quién decide cuándo termina la vida, Dios o el hombre?

(Imagen de arriba: www.pinterest.com/379498706070377606/.)





¿QUIÉN ES DUEÑO DE LA VIDA?

No es sorprendente que, en la actual cultura de la muerte, Occidente reclame el derecho a asesinar a bebés sanos en el vientre materno (en algunos países, hasta el momento del nacimiento). Por tanto, el clamor por legalizar el asesinato de los moribundos es solo un primer paso.

¿QUÉ HA IMPULSADO LA CULTURA DE LA MUERTE?

Primero, *El Racionalismo*. Antes de la Ilustración del siglo XVIII, se creía generalmente que la vida es un regalo de Dios, quien determina cuándo, dónde y por cuánto tiempo vivimos. Sin embargo, los filósofos ilustrados promovieron la idea de que el hombre, siendo autónomo de Dios, no debe guiar su vida por la ley divina, sino por su propia razón. Así, los dilemas sobre el fin de la vida dejaron de basarse en lo que Dios dice sobre ellos y se convirtieron en una cuestión de derechos individuales.

Segundo, *El Romanticismo*. En el siglo XIX, el énfasis de la Ilustración en la razón fue reemplazado por el énfasis romántico en los sentimientos. Los románticos, al igual que los racionalistas, seguían viendo al hombre como independiente de Dios, pero en lugar de someter todo a la razón, lo subordinaban a sus emociones. o El racionalista dice: “Es mi vida, y haré con ella lo que quiera.” o El romántico dice: “Es mi sufrimiento, y lo terminaré como me plazca.”

Tercero, *El Cientificismo*. Los cristianos siempre han valorado la ciencia como el estudio de la creación de Dios. Sin embargo, desde que se propuso la teoría de la evolución, algunos han intentado usarla como una herramienta para popularizar el ateísmo, eliminando así toda responsabilidad del hombre ante su Creador. Según esta visión, la muerte es el final absoluto, y por tanto, las preguntas sobre el final de la vida solo tienen relevancia en esta existencia. Además, mientras el cristianismo distingue entre los seres humanos, creados a imagen de Dios, y los animales, la evolución no hace tal distinción. Así, el suicidio y el suicidio asistido, aunque lamentables, se presentan como elecciones personales legítimas, tan insignificantes como sacrificar un perro. No obstante, cabe preguntarse: si la evolución es un hecho innegable, ¿por qué debatimos sobre la eutanasia en humanos, pero no sobre la eutanasia de mascotas o perros callejeros?

Cuarto, *El Posmodernismo*. La negación de la verdad objetiva en favor de la “Verdad subjetiva” ha facilitado la manipulación del lenguaje para hacer más aceptables ciertas realidades sombrías. o El aborto ya no se describe como el asesinato de un bebé en el vientre materno, sino como “derechos reproductivos”. Curiosamente, el lema “Mi cuerpo, mi elección” se aplica solo a la madre, pero no al niño por nacer. o La eliminación de los ancianos y enfermos ahora se presenta como un acto de compasión y dignidad, a pesar de que el suicidio asistido está abierto a abusos y manipulaciones por parte de quienes lo proveen.

¿QUÉ RESTAURARÁ LA CULTURA DE LA VIDA?

Primero, *El temor de Dios*. La Sagrada Escritura nos enseña

que este es el principio de la sabiduría (Proverbios 1:7). Este temor no se refiere a un miedo servil a Dios, pues Dios envió a su Hijo para liberarnos de tal miedo (Juan 8:32), sino a una reverencia por Dios, reconociendo que Él es nuestro Creador. Él determina nuestros días (Salmo 139:16), dirige nuestros pasos y nos llama a confiar en Él tanto en la vida como en la muerte.



Segundo, *El poder de Dios*. Al crearnos, Él ha colocado en nosotros un deseo natural por la vida, de manera que, normalmente, queremos vivir largas y plenas vidas, evitando peligros y excesos que

reduzcan su calidad o duración. *Dignitas* es una prueba de ello. Actualmente cuenta con casi 12,000 miembros, pero entre su fundación en 1998 y finales de 2023, se han producido “solo” 3,916 suicidios asistidos. (www.express.co.uk/news/world/580164/)

Tercero, *La sabiduría de Dios*. Ya que la necesidad de Dios es más sabia que la sabiduría humana (1 Corintios 1:25), cuánto más lo es su sabiduría. Nos conviene, entonces, confiar en Dios y no en nosotros mismos en relación con la pérdida de habilidades, el dolor o la dignidad en el final de la vida. Dios, el autor de la vida, tiene propósitos en cada momento de nuestra existencia, desde nuestro primer aliento hasta el último, tanto en la alegría como en el sufrimiento.

El suicidio asistido interrumpe estos propósitos, contradice el Juramento Hipocrático de los médicos, es propenso a errores de juicio (como en el caso de *Dignitas*, que en 2005 aplicó la eutanasia a una mujer sana) y tiende a expandir sus criterios. En Canadá, por ejemplo, donde se legalizó el suicidio asistido en 2016, en 2023 ya representaba casi el 20 % de todas las muertes, y ya no solo para personas con enfermedades terminales. Desde 2021, se extendió también a condiciones crónicas debilitantes y, posiblemente, se ampliará en el futuro a pacientes con enfermedades mentales.

Cuarto, *La bondad de Dios*. Al hombre le desagrada la idea de que Dios puede, y probablemente lo hace, usar las debilidades, dolores e indignidades del final de la vida para acercar a los pecadores a Sí mismo. Después de todo, el sufrimiento suele ser más provechoso espiritualmente que la alegría. Sin embargo, en medio de nuestra muerte, mientras reflexionamos sobre nuestras faltas y el futuro, Dios es plenamente capaz de obrar en nosotros el arrepentimiento y la fe en Jesucristo. Pues bien,

“está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). En la eternidad se revelará la bondad de Dios

hacia muchos en su lecho de muerte, y también cómo el suicidio asistido, aunque se promoció como compasivo, les arrebató la oportunidad de recibir la vida eterna.





¿QUIÉN RECIBE LA VIDA?

El debate sobre el final de la vida no es solo un asunto de interés cultural general, sino un tema que, tarde o temprano, se volverá muy personal para cada uno de nosotros. La forma en que muramos, más a menudo de lo que pensamos, reflejará cómo hemos vivido y dónde pasaremos la eternidad, pues nuestras elecciones finales generalmente reflejan nuestra filosofía de vida.

Las fuentes de la actual cultura de la Muerte racionalismo, romanticismo, cientificismo y posmodernismo, junto con el materialismo y el hedonismo (búsqueda del placer)—han marchitado el alma de las personas, dejando a la mayoría creyendo, según encuestas, que una muerte prematura es preferible a la pérdida del placer.

Además, la ignorancia generalizada sobre el bien infinito que Dios puede obrar en nuestros últimos días nos enseña que lo que se ha vendido como una “buena Muerte” es, en realidad, una muerte profundamente empobrecida.

Nos conviene, entonces, exponernos a la visión cristiana de una buena muerte. Pero aclaremos algo: los cristianos no somos morbosos. Disfrutamos la vida que Dios nos ha dado y, mediante la fe en Cristo, ya hemos entrado en la vida eterna. Sin embargo, en un mundo caído, experimentamos la muerte y anhelamos para los demás la esperanza de una buena muerte.

Por esta razón, el cristianismo ha desarrollado un género literario completo sobre el arte de morir bien (ars moriendi). Cuando el interés por esta enseñanza comenzó a desvanecerse, John Wesley (1703–1791), líder del metodismo, descubrió el libro *The Rule and Exercises of Holy Dying* (*La Regla y Ejercicios de la Santa Muerte*, 1650) de Jeremy Taylor. Gracias a esto, los metodistas llegaron a tener una reputación por sus buenas muertes. Consideremos, entonces, tres aspectos de una buena muerte.

LA PREPARACIÓN

Primero. Nos preparamos para la muerte porque sabemos que nuestros pecados nos excluyen del cielo. Para morir bien, primero debemos enfrentar la oscura verdad sobre nosotros mismos. Por naturaleza, somos hostiles a Dios, estamos separados de Él y le resultamos ofensivos. Sin Cristo como nuestro mediador, al morir recibiremos el peso completo de la justicia de Dios y seremos excluidos para siempre de su santa presencia. Segundo. Nos preparamos para la muerte porque el diablo hace todo lo posible para evitar que vayamos al cielo. Nuestra preparación toma la forma de una lucha contra sus intentos de atraernos al pecado (Santiago 1:14) y de un lamento por el daño que ha causado en el mundo. Jesús nos enseñó que Satanás es como un ladrón que ha venido para robar, matar y destruir (Juan 10:10). Aunque ya ha sido derrotado en la cruz de Cristo, a helamos ver con claridad la victoria de Cristo a través de la muerte.

Tercero. Nos preparamos para la muerte porque, para aquellos que han sido preparados por Cristo, es la puerta a una vida infinitamente mejor. La Escritura y la experiencia nos enseñan

que esta vida, sin Dios, es fugaz y sin sentido: *“¡Vanidad de vanidades! —dice el Predicador—. ¡Todo es vanidad!”* (Eclesiastés 1:2; 12:8). Sin embargo, a través de la muerte entramos en una comunión más cercana y eterna con Dios. Primero, en el cielo tal como es ahora, y luego, cuando Cristo regrese, en el cielo en su estado final, en una nueva tierra sin pecado, sin separación y sin muerte.

EL PROCESO

Nuestra preparación previa es vital, pues no sabemos si nuestra muerte será repentina o prolongada. Si se prolonga, nuestra preparación nos fortalecerá de dos maneras:

Primero. Llegamos a nuestro lecho de muerte con nuestra salvación asegurada. Repetimos para nosotros mismos las grandes verdades de la Palabra de Dios. Nos regocijamos que Cristo vino, no para condenarnos, sino para librarnos de la condenación (Juan 3:17-18). *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz [reconciliación] con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo”* (Romanos 5:1). También valoramos los testimonios memorables en la Escritura. El ladrón arrepentido en la cruz, que moría junto a Cristo, sabía que era un transgresor, al igual que nosotros. Sabía que, clavado en la cruz, no podía ofrecer nada por su salvación, como tampoco podemos nosotros. Sabía que su única esperanza en la muerte era mirar a Jesús, y lo mismo hacemos nosotros. *“Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”*, le suplicó. ¡Cuán preciosa fue la respuesta de Jesús: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lucas 23:42-43).

Segundo. Llegamos a nuestro lecho de muerte con nuestro sufrimiento suavizado. Nuestras dolencias y humillaciones son nuestras últimas aflicciones. Nuestro Salvador, al tomar nuestra carne, sufrió mucho más que nosotros. Él no solo expiaba nuestros pecados, sino que nos dejó un ejemplo de cómo morir bien: *“Por el gozo puesto delante de Él, soportó la cruz”* (Hebreos 12:2). Por lo tanto, enfrentamos con confianza nuestra última prueba: *“Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días”* (Salmo 23:6). (www.todayonline.com/singapore/)

EL TRÁNSITO

Finalmente, exhalamos nuestro último aliento. Este momento, nos asegura la Biblia, es precioso a los ojos de Dios: *“Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos”* (Salmo 116:15). Jesús explicó esto a sus seguidores, asegurándoles que, aunque partía para preparar un lugar para ellos en el cielo, volvería para recibirlos consigo mismo (Juan 14:3). Cristo, entonces, santifica el paso del creyente de esta vida a la siguiente. En un instante, Él viene, nuestro cuerpo muere y nuestra alma se encuentra inmediatamente en casa con el Señor (2 Corintios 5:8). En ese momento, nuestro *“camino de vida”* entra en la *“plenitud de gozo”* y en *“delicias a su diestra para siempre”* (Salmo 16:11). Siendo antes atormentados por el pecado, nos unimos a la confesión de David: *“En cuanto a mí, en justicia contemplaré tu rostro; al despertar, me saciaré de tu semejanza”* (Salmo 17:15). ¡Cuánto agradecemos los cristianos a Dios por esto!

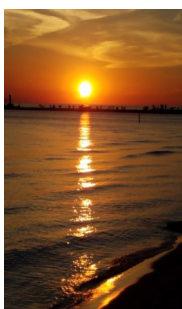


Información Postal:



¿QUIÉN REGRESA A LA VIDA?

El tema del suicidio asistido nos ha llevado inevitablemente a centrarnos en la muerte. Qué sombrío es que sus defensores terminen su mensaje en este punto, sin nada de Esperanza más que una pócima o una inyección. Para el cristiano, sin embargo, hay una buena noticia para un mundo que gime. Cristo no solo ofrece un futuro glorioso para nuestras almas, sino también para nuestros cuerpos. Consideremos lo siguiente:



La resurrección de Cristo. Es ridículo afirmar que nadie ha regresado de la muerte para hablarnos sobre la vida después de esta. Cristo resucitó después de tres días, y lo hizo como una prueba de que Su sacrificio fue aceptado por Dios Padre. Además, en términos de la agricultura del siglo I, Su resurrección fue el primer fruto de la resurrección corporal de Su pueblo cuando Él regrese. Coincidiendo con la renovación del cosmos (Mateo 19:28; Romanos 8:18-23), los cuerpos resucitados de los creyentes estarán libres de todo rastro de la caída del hombre, serán imperecederos y estarán libres de lágrimas, dolor, muerte y luto (Apocalipsis 21:4). Nuestros cuerpos redimidos serán reunidos con nuestras almas redimidas, las cuales Cristo traerá consigo en Su regreso (1 Tesalonicenses 4:14). De este modo, seremos completamente restaurados, listos para la vida eterna en la nueva tierra.

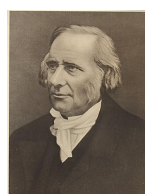
La justicia de Cristo. La Escritura advierte que, cuando Cristo regrese, será admirado por todos los que creen (2 Tesalonicenses 1:10). Sin embargo, aquellos que han deshonrado a Dios, rechazado Su ley y despreciado Su oferta de perdón en Cristo también resucitarán. Para ellos, ver a Cristo será una experiencia traumática, pues Su segunda venida no será para salvar, sino para juzgar con justicia a quienes han permanecido en incredulidad. Su resurrección corporal será **“para vergüenza y confusión perpetua”** (Daniel 12:2; Hechos 24:15; 1 Tesalonicenses 4:16). Entonces, ¿cómo serás resucitado? ¿Para una vida eterna celebrando la gracia de Dios o para una muerte eterna de vergüenza?



¿QUIÉN QUIERE LA VIDA?

Hace más de 3,400 años, Moisés, el gran líder de Israel, al acercarse al final de su vida, habló al pueblo hebreo. Lamentó que, a pesar de todo lo que Dios había hecho por ellos, eran **“una nación privada de consejo”** y que **“no había entendimiento en ellos”**. Luego, reflexionó: **“Si fueran sabios, entenderían esto; discernirían su fin”** (Deuteronomio 32:28-29). Este principio se aplica a toda nación. No les irá bien a aquellas que poseen el sabio consejo de Dios—ya sea inscrito en sus corazones, en las Escrituras o en ambos—pero lo ignoran.

Si bien no podemos cambiar por completo el discurso público ni manipular las decisiones de los parlamentos nacionales, sí tenemos la oportunidad de buscar una nueva vida en Cristo para estar preparados cuando llegue nuestro encuentro con Dios. En 2013, un médico canadiense describió el suicidio asistido como “un boleto de ida a Zúrich”. Sin embargo, todos nosotros tenemos un boleto de ida a un día de rendición de cuentas.



La gracia de Dios, sin embargo, es el amanecer del cielo, como lo expresó el pastor y filántropo escocés Thomas Guthrie (1803–1873). Es sabio, entonces, buscar con todo nuestro corazón la reconciliación con Dios. Si la campaña a favor del suicidio asistido nos enseña algo, es que no siempre tendremos el tiempo, la energía o la lucidez para hacerlo. Busca un momento y un lugar donde puedas acercarte a Dios, sentir Su presencia y conocer el perdón de tus pecados. Encuentra una Biblia antigua olvidada en casa o compra una. El Evangelio de Juan es un buen lugar para comenzar. Cuando lo leas, pídele a Dios que te muestre quién es Él, quién eres tú y la relevancia de Jesucristo para tu vida. Busca una iglesia donde se enseñe la Biblia y se proclame la buena noticia del evangelio de Cristo. Y sobre todo, no dejes de buscar a Dios hasta que Él se revele a ti. **“Dios recompensa a los que le buscan con diligencia”** (Hebreos 11:6).

PRÓXIMA EDICIÓN DISPONIBLE: 1 DE JUNIO